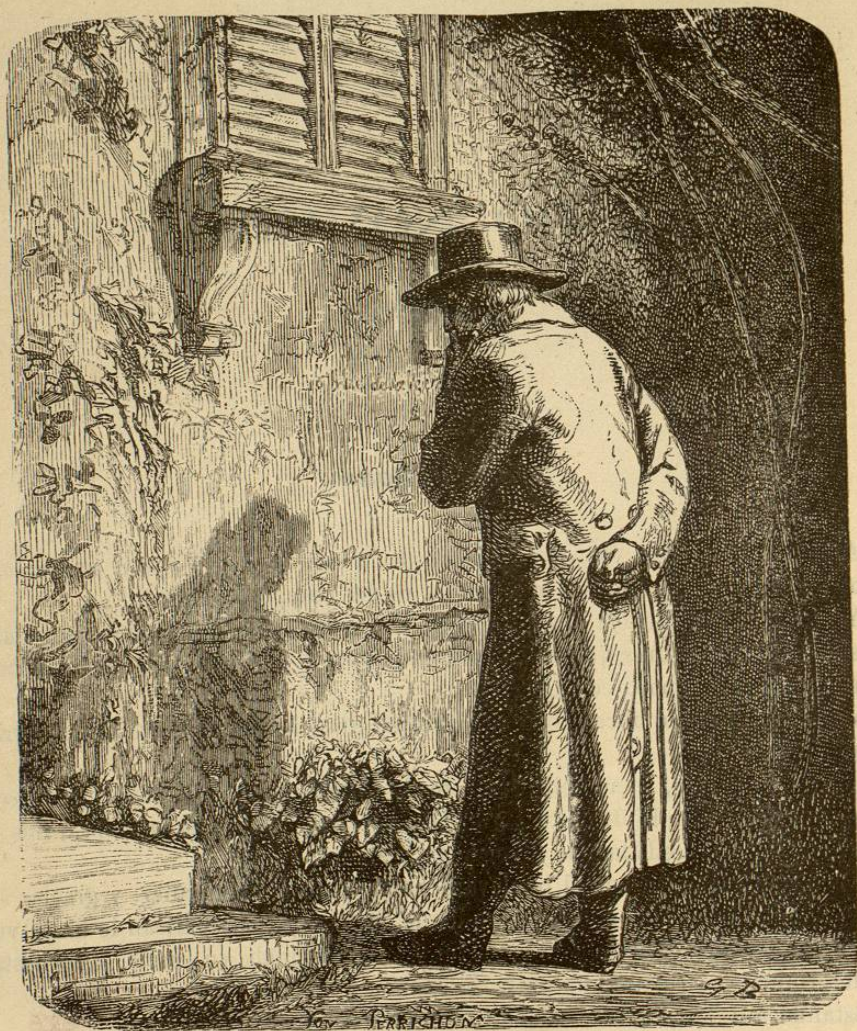


Además, un hecho inexplicable que acaba de sorprenderle, y que le tenía aún impresionado, aumentaba su desasosiego.

Aquel día por la mañana se había levantado temprano, y paseándose por el jardín antes de que Cosette hubiese abierto su ventana, había echado de ver este letrero, grabado en la pared, probablemente con un clavo:



“16, Calle de la Verrerie.”

La obra debía ser reciente, porque los perfiles estaban aún blancos sobre la ennegrecida argamasa, y porque una mata de ortigas que había al pié de la pared estaba cubierta de polvo de yeso.

Aquello había sido escrito probablemente durante la noche.

Pero ¿qué era? ¿Una dirección? ¿Una señal para otros? ¿Un aviso para él? En todo caso, era evidente que había sido violado el jardín, y que había penetrado en él algún desconocido.

Entonces recordó los extraños incidentes que habían alarmado ya á la casa;

meditó sobre aquella inscripción y se guardó muy bien de hablar de él á Cosette por miedo de asustarla.

En medio de estos pensamientos se fijó en una sombra que el sol proyectaba, sin duda de alguien que acababa de detenerse en lo alto de la cuestecita detrás de allí donde él estaba sentado.

Iba á volverse, cuando cayó sobre sus rodillas un papel doblado y vuelto á doblar, y como si una mano le hubiera dejado caer sobre su cabeza.

Cogió el papel, lo desdobló, y leyó estas palabras, escritas con lapiz en gruesos caracteres:

“Mudaos.”

Juan Valjean se levantó vivamente; pero nadie había en lo alto del talus. Buscó por todas partes, y descubrió un sér más grande que un niño y más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris, y pantalón de pana color de polvo, que saltando el parapeto, desaparecía en el foso del Campo de Marte.

Juan Valjean volvió á entrar inmediatamente en su casa muy pensativo.

II

Mario.

Mario había salido muy trastornado de la casa del señor Guilenormand.

Había entrado en ella con pocas esperanzas, y salía completamente desesperado.

Por lo demás, y cuantos han observado el corazón humano, lo comprenderán, el lancero, el oficial, el nécio, el primo Teodulo, no había dejado sombra alguna en su espíritu, ni la más pequeña nube.

El poeta dramático podría esperar algunas complicaciones de esta revelación hecha á quema ropa al nieto por el abuelo; pero lo que con esto ganaría el drama lo perdería la verdad.

Mario estaba en esa edad en que no se cree nada malo; después viene la edad en que se cree todo.

Las sospechas no son más que arrugas, y la primera juventud no las tiene.

Lo que anonada á Otelo, se desliza sencillamente en Cándido. ¡Sospechar de Cosette! Antes hubiera Mario cometido mil crímenes.

Púsose á andar por las calles, recurso de todos los que padecen, y no pensó en nada de que pudiera acordarse.

A las dos de la madrugada entró en casa de Courfeyrac, y se dejó caer, vestido, sobre su colchón.

Había salido ya el sol cuando se durmió, con ese horrible y pesado sueño que deja ir y venir las ideas en el cerebro.

Al despertarse vió á Courfeyrac, Enjolrás, Feuilly y Combeferre; de pie, con el sombrero puesto, preparados para salir, y muy afanosos.

Courfeyrac le dijo:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Parecióle que Courfeyrac hablaba en chino.

Salió de casa poco tiempo después de ellos. Se metió en el bolsillo los dos ca-

chorrillos que Javert le había entregado para la aventura del 3 de Febrero, y que se habían quedado en su poder.

Los cachorrillos estaban cargados aún.

Sería difícil decir qué obscuro pensamiento tenía en su cabeza al llevarlos consigo.

Todo el día lo pasó vagando, sin saber por dónde iba; estaba lloviendo á intervalos; pero no lo notaba; compró para comer un bollo de dos sueldos en un despacho de pan, se lo guardó en el bolsillo, y no volvió á acordarse de él.

Parece también que se bañó en el Sena, sin tener conciencia de lo que hacía.

Hay momentos en que se tiene un horno bajo el cráneo, y Mario estaba en uno de estos momentos.

Ya no esperaba nada, ni temía nada; había dado este paso desde la víspera.

Esperaba la noche con impaciencia febril; no tenía sino una sola idea clara: que á las nueve vería á su amada Cosette.

Esta última felicidad era todo su porvenir; después sólo le quedaba la sombra.

Por intervalos, paseando por las calles más desiertas, le parecía oír en París ruidos extraños, y saliendo de su meditación, decía: "¿Es que pelean?"

Al caer la noche, á las nueve en punto, como se lo había prometido á Cosette, estaba en la calle Plumet.

Cuando se acercó á la verja todo lo olvidó.

Hacía cuarenta y ocho horas que no había visto á Cosette; iba á verla, y todas las demás ideas se borraron; no sentía sino profunda alegría.

Esos minutos en que se vive un siglo tienen una cosa soberana y admirable; en el espacio que pasan llenan por completo el corazón.

Mario abrió la verja, y se precipitó en el jardín.

Cosette no estaba en el sitio en que le esperaba siempre.

Atravesó la espesura y llegó al ángulo cerca de la escalinata.

—Me espera allí,—dijo para así.

Cosette no estaba.

Levantó los ojos y vió que los postigos de la ventana estaban cerrados. Dió la vuelta al jardín, y vió que estaba desierta.

Entonces dió la vuelta á la casa, y perdido de amor, loco, asustado, exasperado de dolor y de inquietud, como un amo que entra en su casa á deshora, llamó fuertemente á la ventana.

Llamó y volvió á llamar, expuesto á ver abrirse la ventana y asomar por ella la sombría cabeza del padre, y oír que le preguntara:

—¿Qué queréis?

Esto era nada comparado con lo que sospechaba.

Cuando hubo golpeado la ventana, gritó y llamó á Cosette.

—¡Cosette!

—¡Cosette!—repitió imperiosamente.

Todo había concluído.

No había nadie en el jardín, no había nadie en la casa.

Mario fijó sus ojos desesperados en aquella casa lúgubre, tan negra, tan silenciosa y más vacía que una tumba, y se fijó después en el banco de piedra donde había pasado horas tan felices al lado de Cosette.

Entonces se sentó en la escalinata con el corazón lleno de dolor y de resolución,

bendijo su amor en el fondo de su pensamiento, y se dijo, que, puesto que Cosette se había marchado, no tenía que hacer ya sino morir.

De repente oyó una voz que parecía salir de la calle, y que gritaba á través de los árboles:

—¡Señor Mario!

—¿Quién es?—dijo.

—Señor Mario, ¿estáis ahí?

—Sí.

—Señor Mario,—añadió la voz,—vuestros amigos os esperan en la barricada de la calle de Chanvrière.

Esta voz no le era enteramente desconocida.

Se parecía á la voz ronca y áspera de Eponina.

Mario corrió á la verja, separó el hierro móvil, pasó la cabeza, y vió una figura, que le pareció la de un joven, desaparecer corriendo en el crepúsculo.

III

El señor Mabeuf.

La bolsa de Juan Valjean había sido inútil al señor Mabeuf, porque éste, en su venerable austeridad infantil, no había aceptado el regalo de los astros; no había admitido que una estrella podía convertirse en monedas de oro, y no había podido adivinar que lo que caía del cielo viniera de Gavroche.

Había llevado la bolsa al comisario de policía del barrio, como objeto perdido, puesto por el que lo había hallado á disposición del que lo reclamase.

La bolsa, en efecto, se perdió.

No hay que decir que nadie la reclamó, sin que sirviese de socorro al señor Mabeuf.

Por lo demás, el señor Mabeuf continuaba viniendo á menos.

Los ensayos sobre el añil no habían dado mejor resultado en el Jardín Botánico que en su jardín de Austerlitz.

El año anterior debía el salario á su ama, y á la sazón debía, como hemos visto el alquiler de la casa.

El Monte de Piedad, después de cumplidos terces meses, había vendido las planchas de su "Flora," y algún calderero había hecho de ellas cacerolas.

Perdidas, pues, sus planchas, y no pudiendo completar los ejemplares descabaldados de su "Flora," que poseía aún, había cedido á bajo precio á un librero chalán, planchas y textos como de saldos.

Nada le quedó de la obra de toda su vida. Empezó á comerse el dinero de aquellos ejemplares.

Cuando vió que este miserable recurso se agotaba, renunció á su jardín abandonando el cultivo.

Antes, mucho tiempo antes había renunciado á los dos huevos y el pedazo de carne que comía de cuando en cuando.

Sólo se alimentaba con pan y patatas; había vendido sus últimos muebles; des-